

82/3,
S.



PA2244
F2
6658
U.2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Compuesto en máquina Typograph.—Barcelona.

LOS COMPAÑEROS DEL SILENCIO

TERCERA PARTE

EL PRÍNCIPE CORIOLANI Ó LOS AMORES DE ANGÉLICA

I

El coronel San Severo

En el palacio Doria-Doria había aquella noche gente por todas partes; en los salones y galerías, en las azoteas embalsamadas de flores, en los jardines, bajo los árboles de los bosquecillos, á lo largo de los paseos llenos de luces que conducían al pabellón chino, ligero y atrevido, llamado la glorieta, y en el fondo de las grutas donde penetraba una suave media luz.

Los más brillantes personajes y bellas damas de la corte estaban allí.

Cuando Doria organizaba un baile, acudían gentes de muy lejos. Oíase hablar bajo los naranjos todos los dialectos de Italia; el lenguaje grave de Roma, el puro florentino, el piemontés medio tudesco, y el veneciano que ha tomado palabras de todos los idiomas.

Hay pocas grandes familias en la península itálica que no se lisonjeen de descender de los Doria. Tan sólo con sus parientes nobles, Doria podía llenar sus galerías, sus salones y sus jardines,

Era el mes de febrero en pleno carnaval.

Durante el carnaval, la máscara descuella en Nápoles por todas partes. No se celebran bailes de máscaras, sino simplemente bailes. Cada uno se viste según su capricho, con tal que su traje sea elegante.

La noche estaba ya adelantada, y las reinas de la hermosura, fatigadas de placer, pasaban de la sala de espectáculos, en la cual la compañía del teatro de San Carlos había cantado toda la noche, á los salones entoldados al aire libre, donde las orquestas convidaban sin cesar al baile.

Otras iban del brazo de sus galanes por las sendas misteriosas que conducían á las grutas y á los frondosos kioscos del jardín.

Entre éstas era fácil reconocer á Penélope Brown, la esposa imprudente de Peter-Paulos, acompañada siempre de su colosal compañero el coronel San Severo, de la guardia romana.

Este oficial superior no la había dejado en toda la noche, y le hacía asiduamente la corte.

Pero guardémonos de dejar creer un solo instante al lector que la hija de Marjoram y Watergruel tuviese que reprocharse la menor falta.

Penélope había sabido la salida de su marido por Jack.

Sus sospechas se habían despertado de antemano por la conducta inconsiderada de Peter-Paulos á bordo del *Pausilippe*. Penélope conoció de repente la extensión de su infortunio.

—Se me hace traición—dijo á Melicerta, su fiel confidenta.

—Todos los hombres son lo mismo—contestó Mel encogiéndose de hombros.

—¿Crees verdaderamente que se me hace traición?—preguntó Penélope que había esperado ser contradecida.

—Preguntan por milord Brown—dijo en este mo-

mento un criado de la fonda asomando su cabeza por la puerta.

—¿Es una mujer?—exclamó Penélope celosa.

—No, milady, es un hombre que viene por el negocio que sabéis.

—Excusaos—le dijo Mel al oído.

—Hacedle entrar—exclamó Penélope.

El hombre que fué introducido, era un gigante de seis pies de alto, vestido con el uniforme de la guardia romana.

Penélope tomó ese aire desabrido de la inglesa que conoce sus *conveniencias*.

Mientras que el extranjero saludaba, ella le dijo:

—Vos ser le primero hombre que entrar en el aposento de mí... Yo decir vos la razone... mí quererme vengar de milord.

El coronel no entendió ni una palabra.

Saludó á milady, y tomando su mano para besarla, le hizo una cruz doble en la palma. Penélope, al sentir las cosquillas, se refugió cerca de su cama gritando con voz chillona:

—¡*Schocking!*... ¡*very shocking indeed!*

—Estos son los usos del país—le dijo Mel.—¡Hermosa estatura de hombre!

—¡Ah, diablo!—dijo el coronel en italiano.—¿hay aquí quid pro quo?... Creía que sabíais la cosa... pero desde el momento en que os incomodo...

E hizo ademán de retirarse. Mel le hizo señas de que se quedase.

—Con mucho gusto—murmuró el coronel de la guardia romana;—pero no sé cómo hacerles comprender el asunto.

Penélope y Mel le miraban.

El coronel paseó la mirada alrededor del aposento, y viendo un cofrecito de joyas sobre la mesa de noche, lo señaló con el dedo, diciendo:

—¿Diamantes?

—Mí comprendera bien—replicó Penélope.

—¿Le tenéis?—preguntó el coronel.

—Yes, yes—dijo milady,—para ir esta noche á la baile.

—¡Eso es!—contestó el gigante,—el baile.

—¿Y milord estar allí?—preguntó Penélope.

—¡El pundjaub!...—dijo el coronel San Severo; —diamante... baile... esta noche.

—Mí comprender bien... Mí querer sorprender Brown y vengar á mí... *positively!*

Ni uno ni otro sabían absolutamente lo que habían dicho, pero cada uno tenía su idea fija.

San Severo, que era, como sabe el lector, el terrible capitán Lucas Tristany, habiendo sabido que un inglés llamado Brown había llegado en el *Pausilippe*, venía á verse con él por el famoso negocio del *pundjaub*.

Penélope comprendía vagamente que un arrogante militar quería llevarla á un baile donde estaba ya Peter-Paulus con agravio de sus derechos conyugales.

—Milord—dijo ella,—mí querer confiar en vuestro honor por sorprender Brown y vengar mí.

—Esto es—exclamó Lucas Tristany,—Brown... exactamente.

Penélope le presentó la mano, y él cogió á la inglesa sin cumplimiento por la cintura, haciéndole dar una vuelta de vals al son de la palabra baile, baile.

—Éstas son costumbres del país—dijo Mel abriendo los cofres.

El gallardo coronel, viendo que sacaba de los baúles ese deslumbrante traje que ya hemos descrito, y cuyas diversas piezas habían sido compradas por el mismo Peter-Paulus en las más elegantes tiendas de Kleet-street, aplaudió con entusiasmo y dijo:

—¡Bien, bien! lo enseñaréis al príncipe real y aun á S. M.

Se refería al diamante.

Mel tomó al coronel por la mano y le llevó al posento de Peter-Paulus, en el cual no había nadie. El coronel la besó en ambas mejillas, y en cuanto Mel se hubo ido, llenó sus bolsillos de diversos objetos que estaban sobre los muebles. No es que lo hiciese por necesidad, sino que conservaba antiguos hábitos.

Penélope se vistió viva y alegremente. La mezcla de los colores azul, rosa, naranja y amaranto, se llevó á cabo según las reglas más severas del gusto de Cheapside. Cuando se llamó al coronel y vió aquella mujer tan larga vestida de arco iris, le ofreció vivamente su brazo. Un carruaje aguardaba en la puerta.

Durante el camino el coronel tentó los bolsillos de su compañera por ver si estaba en ellos el cofrecito del *pundjaub*.

—¡Le honor de mí ser entre vos manos!—le dijo Penélope,—¡mí ser una debble gentlewoman! ¡Mí querer savorer la venganza... pero querer guardar *preciously* la virtud!

San Severo, el bravo gigante, sólo quería el *pundjaub*.

Al cabo de un rato de estar en el baile, la jerga de Penélope empezaba á exasperar al coronel. Ya la había llevado de salón en salón, diciendo á todo el mundo que era la mujer del más rico joyero de Londres; pero todos sus esfuerzos para obtener alguna noticia sobre el famoso *pundjaub*, habían sido absolutamente infructuosos.

Los que pasaban junto á él, le felicitaban por su conquista. Penélope, al cabo de una hora, pesaba cien mil libras.

Hacia media noche, pudo notar un movimiento insólito en los salones y jardines. Varias personas se acercaron sucesivamente al oído del coronel para decirle algunas palabras.

Desde este momento el coronel estuvo aún más taciturno y frío con su bella compañera. Dirigióse bruscamente á un caballero, cuyos cabellos castaños admiró Penélope con melancolía, y le dirigió una pregunta á media voz.

El caballero dijo en inglés á Penélope:

—El señor coronel desea saber si lleváis el diamante encima.

—¡Oh!—exclamó en francés la hija de Marjoram;—ser muy dulce oír tan lejos de Inglaterra la lengua del país natal.

—¿Qué ha contestado?—preguntó San Severo.

—Nada—dijo el desconocido.

El coronel frunció las cejas y dijo duramente:

—Decidle que responda, ¡sangre de Cristo!... no podemos perder más tiempo.

—El señor coronel ruega á milady que conteste á esta pregunta—dijo el caballero:—¿milady tiene el diamante?

—¿Qué diamante?—contestó Penélope.

Habiendo el caballero traducido esto al coronel San Severo, éste dejó el brazo de milady, la hizo sentar bajo un emparrado y se levantó diciendo:

—Luego vuelvo.

Después de lo cual desapareció con su compañero.

Apenas había dado vuelta al ángulo de un bosquecillo de naranjos, dejando á Penélope tan sola y perpleja como Ariadna, cuando ésta vió volver al caballero desconocido.

Este se sentó á su lado.

—No me respondáis—le dijo en inglés,—y fijad bien la atención en mis palabras. Si vuestro marido tiene el diamante, que se guarde de mostrarle... Si os es posible, partid esta noche misma para Marsella.... os va en ello la vida.

Levantóse y se fué.

Penélope quedó como petrificada.

Detrás de ella se dejó oír una voz en el interior del bosquecillo.

—Hablemos en italiano lo menos posible—dijo esta voz en francés,—se nos reserva... El príncipe real y el rey están hechizados.

Penélope era hija de Eva, á pesar de su apariencia masculina. Su curiosidad pudo más que su temor.

Separó suavemente algunas ramas del jazmín que cerraba el fondo de la calle de árboles y miró á lo largo de ella.

Había allí seis dominós negros que tenían cubiertas sus caras con máscaras barbudas. Por sus voces Penélope pudo conocer que eran jóvenes.

—Si no viene...—decía uno expresando duda y temor.

—Vendrá—le interrumpió otro.

—Si viene—exclamó uno de los que no habían hablado,—es nuestro.

—¡Si tienes valor, marqués!—se le contestó.

El marqués extendió la mano.

—Juro—exclamó con toda la energía del odio italiano,—que si depende de mí, este hombre no saldrá de este lugar sino deshonorado ó muerto.

—¿Aun cuando fuese preciso sacrificar tu honor ó tu vida?—le dijeron.

Aquel á quien llamaban el marqués se irguió altivamente y bajando en seguida la cabeza dijo con voz sorda:

—¡Aun así!

II

A través de la fiesta

Penélope, más muerta que viva, vió alejarse los dominós conjurados. Luego se dejaron ver otros grupos no menos atareados. Hablaban italiano. Penélope sufría el suplicio de Tántalo.

Para amorliguar su fiebre, sacó su librito de memorias y apuntó algunas notas juiciosas, fruto de sus recientes observaciones.

«NÁPOLES (continuación): coroneles de gran talla. —Van á buscar á las señoras extranjeras á las fondas para conducir las al baile.—Un poco atolondrados, hablando sin cesar de diamantes.—Trajes de las mujeres, chocantes.—Mujeres feas.—Poco ron en los sorbetes.»

Penélope tenía yo no sé qué enfermedad inglesa en el cristalino que le impedía ver las mujeres bonitas, y sin embargo quedó con la boca abierta de repente, contemplando una joven que pasaba.

Esta no llevaba ni dominó ni máscara. Su vestido de muselina blanca, sencillo y que delineaba graciosamente los adorables contornos de un talle de dieciocho años, no tenía otro adorno que una ligera y escasa guirnalda de flores azules. La cabeza la llevaba también adornada con flores.

En esto consistía todo su atavío.

Pero parecía así tan bella que Penélope dejó caer su librito de memorias.

La mano de la joven se apoyaba en el brazo de un caballero de aire distinguido que era tan hermoso como ella bella. Los dos tenían cierta semejanza de familia.

Mientras que Penélope les contemplaba, celosa de esta perla de hermosura, y le envidiaba su arrogante caballero, tanto por el color de sus cabellos, como por la serena y profunda mirada de sus negros ojos, la pareja daba la vuelta al bosquecillo, penetrando en esa misma calle de árboles donde hace poco conversaban á media voz los dominós.

—Angélica—dijo el caballero llevando dulcemente la mano de la joven á sus labios,—ya sabes que no soy tu hermano, sino tu hermano y pro-

tector... y el jefe de la familia Doria-Doria.. Déjame hablarte como te hablaría nuestro noble padre, si Dios no lo hubiese colocado en el paraíso.

—Loredano, mi buen hermano—respondió Angélica,—ya te escucho como si fueses Giacomo Doria, nuestro venerado padre.

Loredano recogióse un momento en sí mismo antes de tomar la palabra.

—Hermana mía—le dijo estrechando la bella y diminuta mano de Angélica entre las suyas,—¿te acuerdas de aquellas interesantes comedias españolas que leímos juntos? ¿Las jornadas heroicas de Lope y de Miguel Cervantes?... Nuestra abuela era Medinaceli, hermana mía, y en nuestras venas corre sangre de Castilla.

—¿Por qué me dices eso, hermano?—murmuró Angélica.

—Porque el alma de todo esto es el honor... el honor severo y armado... el honor que se guarda con el puñal y la espada.

Angélica se puso pálida.

—Pero ¿á qué vienen esas palabras?—repitió ella bajando involuntariamente la voz.

Loredano prosiguió como si hablase en sueños:

—Esta espada que vela sobre el espejo de familia para que no se vea empañado por ningún soplo extraño, Angélica, en las comedias de Lope de Vega y Cervantes, ¡está siempre en la mano del hermano!

La bella hermana no respondió; sus ojos se dirigieron al suelo y la sonrisa desapareció de sus labios.

—Angélica—repuso Loredano cuya voz se hacía más lenta y grave,—no me preguntes la causa, porque no podría aún explicarme, pero créeme; mi corazón me lo dice: ¡sobre la casa Doria hay una amenaza suspendida!... Nunca he conocido co-

mo hoy la grave responsabilidad que hace pesar sobre mí el título de jefe de familia...

En los jardines oyéronse voces que decían:

—¿Dónde está la condesa? Su Alteza Real busca á la condesa Doria.

Angélica hizo un movimiento para responder pero Loredano la detuvo.

—¡Le amas, pues, mucho!...—murmuró éste tan bajo que apenas su hermana pudo oirlo.

Un matiz encarnado coloreó las mejillas de Angélica mientras respondía:

—Le amo cuanto se puede amar.

Loredano abandonó la mano de la joven y se contrajeron sus cejas.

En este momento hubiese sido interesante observar estas dos fisonomías tan perfectas en su diversa hermosura. La ira de Loredano era triste y como paternal. Los ojos de Angélica se levantaron hacia su hermano, expresando un orgullo inesperado próximo á la rebelión.

—Le amo tanto—continuó Angélica con voz firme,—que si quisieses decirme algo contrario á su persona, rehusaría oirlo.

—Hermana, ¿eres tú misma?—tartamudeó Doria.

—Soy yo, hermano mío... Es la princesa Coriolani.

—Todavía no lo sois, Angélica—dijo Loredano conteniendo su voz.

—El que me impidiera serlo—repuso distintamente la joven,—sería mi más mortal enemigo.

Al fijar en ella su mirada Doria se estremeció.

—¿Os ha hechizado como á los demás?—dijo en tono de amenazadora cólera.

En las sendas vecinas se reía y conversaba, llenando la atmósfera del bullicioso ruido de la fiesta.

Frente á frente de un banco de césped oculto tras unos laureles y camelias-árboles, cruzábanse

dos enramadas verdes, formando un círculo en medio del cual se destacaba la Vénus de Médicis.

Un dominó, cuya marcha lenta anunciaba una edad avanzada, se detuvo al pie de la estatua. Por un momento permaneció solo en el círculo.

Angélica y Loredano le vieron rasgar una página de su librito de memorias, en el cual había trazado apresuradamente algunas palabras.

Este dominó batió tres veces las manos, luego dos y en seguida una. A la vuelta del camino apareció un hombre con máscara y recibió el papel de sus manos.—No le conozco—murmuró Doria.

—Ese viejo...—empezó Angélica.

—Ese viejo es Massimo Dolci, el banquero de la corte; pero el otro...

En este momento Massimo Dolci dijo al que llevaba máscara;

—Se necesita que sepan esto inmediatamente. Id, les espero aquí.

Cuasi al propio tiempo Massimo Dolci se halló rodeado de otros tres personajes, entre los cuales se veía al coronel San Severo.

Los demás eran Andrés Visconti Armellino y el caballero Hércules Pisani.

—Sólo falta Johann Spurzeim, jefe de policía—dijo Loredano,—y veríamos reunidos todos los amigos del príncipe Fulvio.

Esto era una provocación; la condesa Doria no respondió.

Massimo Dolci y sus tres compañeros hablaron un instante en voz baja: lo que decían no se pudo oír.

—Todo ha sido previsto—dijo sin embargo Visconti Armellino contestando á una pregunta del anciano banquero:—Johann Spurzeim en persona interrogará á Felice.

Loredano sonrió con amargura oyendo pronunciar el nombre del jefe de policía.

Massimo Dolci se alejó apoyado en el brazo del caballero Hércules Pisani.

Ese anciano Dolci tenía una hermosa cabeza de hacendista. Su despejada frente estaba coronada de abundantes cabellos blancos. Gozaba en Nápoles de esa alta nombradía comercial que constituye casi la gloria.

Hércules Pisani, su compañero, hombre de valiosas relaciones y de grata compañía, era veneciano. Pisani ocupaba en la corte una alta posición, sostenido por el príncipe Fulvio, por Massimo Dolci y Johann Spurzeim.

Se había hablado recientemente de confiarle la secretaría de Estado y negocios extranjeros.

Armellino Visconti, el intendente, joven aun, más elegante si cabe y simpático que el caballero Pisani, ocupaba una posición tanto más importante, cuanto su superior inmediato, el señor Johann Spurzeim, oscilaba entre la vida y la muerte.

En cuanto al coronel San Severo, su favor en la corte no lo adquiriría por sí solo. La inteligencia no brillaba con exceso en esa cabeza de Alcides. Sin embargo, sus amigos no por esto le despreciaban, porque podía mucho para un golpe de mano, pero no era á propósito para la intriga política en que la asociación se hallaba inopinadamente mezclada por la soberana voluntad del gran maestro.

Loredano Doria conservó un instante esa sonrisa amarga y triste que había aparecido en sus labios.

—¡Muy hechizados deben estar el príncipe real y Su Majestad—murmuró,—para que esos cuatro aventureros sean los primeros personajes de la corte!

—A estos no los conozco y por lo tanto no los defiendo—replicó Angélica,—pero sí defiendo á Fulvio porque le conozco.

—¿Vos le conocéis?—repuso Loredano.

Pero retuvo la palabra denigrante que tenía en la punta de la lengua, continuando en tono melancólico y más tierno:

—¡Pobre niña! tú eras nuestra alegría y nuestro orgullo. No te tengo rencor. Este hombre te ha dominado como á tantos otros. ¿No he sido yo mismo su amigo?

—¿Por qué ya no lo eres, hermano mío?—preguntó Angélica.

—Porque tú le amas—contestó Doria con resolución.

Luego prosiguió explicando su pensamiento con acento afectuoso y noble.

—¡No creas que tenga la menor prevención contra ese hombre; al contrario, admiro sus altas circunstancias y cualidades; pero te amo tanto, que tengo por ti el discernimiento que á mí me hubiera faltado... Yo he mirado de frente á ese hombre á quien había entregado ciegamente mi amistad, y he visto yo no sé qué nube en su presente que me ha hecho estremecer... he llevado mis investigaciones á su pasado, y sólo he descubierto la obscuridad de la noche!

—Yo respondo de su pasado, hermano mío—repuso Angélica á media voz.

—Tú eres mujer. Las mujeres se engañan fácilmente cuando aman. Eres joven, y la juventud adolece de demasiada candidez.

—El rey es viejo, el príncipe real es hombre. Loredano pasó el dorso de su mano por la frente.

—¿Te apoyarías en la autoridad de nuestros príncipes para resistirme, hermana mía?—murmuró.

—Me apoyaré en vos mismo, hermano... Me dirigiré á vuestro corazón...

—Y si yo te decía: ¿no quiero?

—Os contestaría: ¡yo amo!

Loredano inclinó la cabeza sobre su pecho.

—¡Es, pues, muy fuerte el amor!—exclamó sin saber casi lo que decía.

Y como si en el fondo de su corazón un sentimiento nuevo y apenas confesado contestase á esa pregunta, sus labios se agitaron y añadió:

—Sí, es muy fuerte.

Pero Angélica no comprendió estas palabras.

Angélica se hallaba dominada de una agitación extraordinaria.

Loredano sintió que su hermano se le acercaba como si le hubiese atravesado el corazón una sensación de espanto ó de angustia.

Miróla y la vió con los ojos llenos de lágrimas.

Ella le dijo:—Sufro tanto que quisiera morir.

Y como Loredano la contemplase con espanto, porque los hombres no tienen más que un modo de comprender semejantes lamentos, sus mejillas cobraron más color y sus bellos ojos brillaron con orgullo.

—Quisiera morir—repitió ella,—porque sólo su amor puede salvarme, no sé si él me ama.

—¿Salvarte de qué, hermana mía?—exclamó

Loredano le estrechó entre sus brazos.

Angélica titubeó. Dos ó tres veces levantóse su hermoso seno como si quisiese prorrumpir en sollozos.

Pero alzando de repente la cabeza con aire provocativo y preguntando en lugar de responder:

—Hermano mío—le dijo,—¿qué hacíais la noche última en un rincón de la calle de Mantua y de la piazzeta Grande, frente á ese antiguo edificio que llaman la casa de los Folquieri?

Loredano se estremeció violentamente y quedó atónito sin atreverse á mirarla.

Angélica se levantó y esta vez su hermano no trató de detenerla.

—Hay un enigma en mí—dijo ella,—que no po-

dréis adivinar, hermano mío; yo misma no lo comprendo... Yo sufro, pero no temáis por el honor de nuestro nombre... Antes de faltar á mi deber primero moriré.

Y desapareció á través de los arbustos, ligera como una sílfide.

En el fondo del bosquecillo se dejó oír una carcajada mal reprimida.

Loredano dió un brinco con ligereza.

Otro vestido blanco corría á la otra parte de los naranjos.

—¡Es ese demonio de Nina!—murmuró Loredano dejándose caer sobre el banco de césped.

—Conde—le dijo una voz,—me alegro de hallaros.

El recién llegado era uno de los dominós que hemos visto en misterioso consejo tras el emparado donde descansaba Penélope Brown.

Era el dominó á quien sus compañeros habían dado el título de marqués.

El que había jurado que, aun á costa de su honra ó de su propia vida, quitaría aquella noche el honor á un hombre ó le mataría.

Loredano volvióse hacia él y le dijo:

—¿Qué quieres, primo Malatesta?

—Quiero preguntarte dos cosas, primo Doria. Primero, ¿si te has interesado por mí con tu hermana Angélica?

—Me he interesado.

—¿Y el resultado?

—Angélica no será jamás tu esposa.

Malatesta sonrió con orgullo y odio.

—Pasemos á mi segunda pregunta, primo Doria—le dijo:—el rey manda en todas partes, pero tú mandas en tu casa. ¿Te disgustaría que esta noche se prendiese á alguien en tu palacio en nombre del rey?

—Según y conforme—replicó Loredano;—si es

para el propio servicio del rey, consiento con condición... si es negocio ministerial, me niego.

—Es para el mejor servicio del rey; ¿cuál es tu condición?

—Que la persona amenazada no sea amiga mía.

—Es un enemigo tuyo.

—Iba á añadir, primo Malatesta, ni enemiga mía.

—Cuando sepas su nombre...

—Ya me la figuro. Mi hermana no será tuya, marqués de Malatesta. Nosotros, los Doria, no queremos á los que combaten así.

—Yo he combatido á Fulvio Coriolani con la espada—dijo Malatesta irguiéndose con altivez.

—¡Eso está bien y has sido vencido! Quizá yo tendría la misma suerte, primo Malatesta. Pero si se ataca á Fulvio Coriolani bajo mi techo, le defenderé con la espada.

III

La gruta del Endymion

Todo lo que puede criticarse á las maravillas de la opulencia italiana, es un color mitológico demasiado uniforme. El arte privado no ha podido cristianizarse á causa de su contacto con la cuna de la teogonía pagana, que fué su primer pretexto, y que le prodigó tantos materiales encantadores.

La Italia es siempre griega; no hay de romano ó cristiano más que las iglesias.

Estas mismas iglesias encierran aún muchos recuerdos de la antigüedad pagana. La mayor parte se han fabricado con mármoles arrebatados á los templos de Júpiter, de Minerva, de Neptuno; y casi todas las pilas de agua bendita son antiguas conchas consagradas que contuvieron en otros tiempos el agua lustral.

En los palacios, el Olimpo reina soberanamente,

te, y no tiene más rival que el Tenaro; Homero y Virgilio se hallan bajo la sombra de todos los bosquecillos. No se ve otra cosa que ninfas, driadas ó bacantes. Ni una imagen moderna; el cincel de los escultores sólo sabe producir dioses...

No lejos de la glorieta alumbrada por mil fuegos resplandecientes como piedras preciosas, había en mitad de la avenida una gruta, cuya abertura formada de grandes rocas arrancadas á las costas del mar, todas tapizadas de verdes musgos y de floridas enredaderas, brindaba con el fresco y la soledad.

Hallábanse allí dos tiernas jóvenes solitarias, y las dos tan bellas que un pintor se hubiese inspirado á su vista.

El contraste, ese misterioso mago, realizaba mutuamente la belleza de la una con la de la otra y añadía encantos á entrambas.

Era en efecto imposible encontrar dos figuras más bellas y diversas á la par.

Alta la una, pero de aire gracioso y noble, y de linaje y sangre generosa, sacaba su seducción exquisita de las líneas perfectas del más radiante rostro que Nápoles hubiera admirado en cien años: su sonrisa era de ángel, su mirada celestial, el ademán de reina.

La otra, pequeña y robusta, era, sin embargo, flexible como la pantera africana; nada tenía de regular, y su encanto tomaba origen en no sé qué particular osadía de líneas y contornos, en lo imprevisto y lo extraño.

El ademán de ésta era ya brusco y casi viril, ya de una morbidez tan exquisita, que con sólo verla inspiraba la más grata ilusión, y sumía el alma en repentina languidez.

Grandes ojos negros velados por largas pestañas, frente desigual coronada de abundantes cabellos, nariz burlona, cuyas alas móviles dilataba